

LA NECESARIA SUBJETIVIDAD (EPISTEMOLOGÍA Y POLÍTICA)

Anna Rita Tiberi Giann

"Incluso en el horizonte de la ciencia, el objeto aparece cada vez más inaprehensible, en sí mismo inseparable y por tanto inaccesible y por tanto eternamente versátil, reversible, irónico, decepcionante y riéndose de las manipulaciones. El sujeto intenta seguirle desesperadamente, al precio del sacrificio de los postulados de la ciencia, pero el objeto se halla incluso más allá del sacrificio de la razón científica"

Baudrillard

La subjetividad, finalmente transparentada, se convierte hoy en un criterio de verdad sin la vergüenza académica que la antecedía, y esto ha sucedido por una multiplicidad de sucesos de orden científico, humanístico, político, etc. Los hallazgos de la física cuántica y su consecuente cisma en las teorías que la precedieron, han trastocado una vez más los cimientos teóricos de las llamadas Ciencias Sociales y Humanísticas, produciendo la globalización de la crisis de los fundamentos, desde lo teórico hasta su práctica. La temática de la subjetividad está siendo tratada de manera polémica e insistente por estudiosos de la Sociología de la Ciencia, pero lo que resulta más interesante, es que está siendo pensada con el sentido común del ciudadano cotidiano, quien es al fin y al cabo, el protagonista principal de la crisis como dinámico receptor y reproductor de su historia personal y social, exigiendo su lugar en las categorías, conceptos y teorías, así como su protagonismo en la acción social.

Uno de los temas más espinosos de la epistemología, es el que se refiere a la objetividad, y desde mi paradigmática subjetividad, considero que aquella, bajo el cómplice, eficaz y legal manto de la racionalidad científica, izó durante siglos el mascarado estandarte de la



Grabado de Holbein para la edición de 1515 del *Elogio de la Locura* de Erasmo de Rotterdam

neutralidad del sujeto cognoscente, y declaró el exilio de su subjetividad, como hecho peligroso en el “Proceso de Producción de Conocimientos”, convirtiéndolo en un simulado desaparecido, en esa relación cognitiva que crea la ilusión de un objeto situado con esfuerzo analítico fuera del sujeto, y de un sujeto, fuera de sí, como condición determinante para producir conocimientos objetivos y verdaderos.

Que el resquebrajamiento de la objetividad esté ocurriendo estrepitosamente en algunas inteligencias de este siglo, no significa que la subjetividad haya estado ausente del proceso cognitivo y sus resultados. En lo absoluto, siempre ha estado presente y de manera prepotente, dirigente y determinante, en esa oscura, mediatizada y compleja existencia ilusoria: sujeto y objeto. El sujeto subjetiviza al objeto y éste subjetiviza al sujeto. Este es a mi entender, el dilema. El sujeto siempre está doblemente subjetivizado. Esta relación conduce a una circularidad contradictoria entre esas dos nociones como un fatalismo necesario. El sujeto por sí solo no explica al objeto, sin lo agregado o construido por él, y el objeto ya subjetivizado, es lo que en todo caso, explica el sujeto. Todo lleva la impronta de la subjetividad: desde las elaboradas fórmulas matemáticas, como resultado de la observación y seguimiento de una estrella; hasta la “inocente y voluntariosa” mirada que aprehende a su manera, un símbolo para descifrarlo: todas califican, describen, explican, tratan de comprender un objeto ya de antemano subjetivizado.

No se trata de hacer una *sociología de la subjetividad* para oponerse a la objetividad (falso dilema), ni siquiera para salvar la diferencia necesaria entre los sujetos. Eso es tonto. Eso sería legitimar la propuesta de la inexistencia del individuo en el sentido diogeniano del término: la sociología en un esfuerzo histórico sin precedentes, busca urgentemente a los hombres y a su subjetividad.

El Ser, se gesta por una laboriosa genética, que interviene en la apropiación de la cultura, donde se va construyendo la dinámica e intransferible subjetividad. Hoy la ciencia incuba al gen y lo avitrina en impecables probetas, pero allí, en ese espacio del laboratorio y bajo esa luz u oscuridad, están los futuros seres; está el

posible individuo, más allá de la amenaza posible de producir sus dobles o cuádruples. Todos estarán dotados de un particular patrimonio: un determinado mapa genético singular que incluye el instinto de sobrevivencia, biológicamente gestador del espíritu de la desobediencia, si la libertad de vivir está en peligro, y exortará al individuo a intervenir en su existencia con actos necesarios, los cuales son posibles por ese estado de subjetividad y diferencia. (Habrá que clonar las almas para que yo entienda el asunto desde otra arbitrariedad). Tal vez tengamos que cambiar la nomenclatura que acompaña los cambios; tal vez se complique el término hombre. Esperemos. Por ahora, “*cada uno transita con su irreductible diferencia.*”¹

La subjetividad aparece por doquier: en la manera de amar y olvidar; en la sonoridad de cada voz en la palabra; subyace en la arqueología de los nombres propios o simbólicos de las lenguas; en los sueños de cada sujeto cuando duerme (ni siquiera el arquetipo de los mismos, le borran al inconsciente el suceso creativo de lo inédito e intransferible); y ahora parece, que en esos “neutrales escenarios de impecables laboratorios”, los psitrones subjetivos de cada sujeto cognoscente, crean o agregan realidades.

La subjetividad siempre ha creado arbitrariamente la realidad, de lo que se trata es de no permitir la arbitrariedad de la arbitrariedad: fascismo, nazismo, totalitarismo, colonialismo, etc.

La subjetividad es simplemente obvia. Se trataría entonces de aceptarla con una metodología cognitiva que la asuma junto a los nuevos sucesos epistemológicos develados, y afrontar las nuevas condiciones de realidad, verdad o certeza. Insisto: la cognitiva asunción de la subjetividad, con todo lo que ello implica: la redefinición del papel del pensamiento; del espíritu; del develado diagnóstico de lo social; y una acción social y política sustentada en el sentido común. Es necesario acusar el falso discurso de la otra subjetividad, llamada objetiva, generadora de esa política social mutiladora y atropellante: racismo; sectas; discriminación y segregación de toda índole; imposición de planes y modelos societales. Todo ello desde la autoría “desnuda de sus autores” en su acción cognitiva.

Adrián Dobbs, matemático en Cambridge para la armada inglesa, abisma el sentido común cuando señala, que parece cierto que durante una eventual permanencia de algún investigador en el interior de un acelerador de partículas, se ha captado la presencia de positrones (partículas que se encuentran en nuestros genes, cerebro y nervios), aparentemente generados por él; o sea, que el observador, no sólo afecta al fenómeno que estudia, sino que en parte lo crea con su pensamiento, al emitir éste las partículas subatómicas que interactúan con el objeto.²

Es decir, que el investigador también genera la realidad que estudia, ¿cuántos positrones creará un sociólogo cuando estudia por encargo, las actitudes de una muestra de personas en relación a algún asunto? La falsa objetividad, legitimada por múltiples paradigmas, siempre ha obedecido a la intencionalidad específica de ciertos grupos económicos o políticos, en complicidad con algunos investigadores inescrupulosos, o los famosos “tontos útiles”. Siempre se cuestionó que la “real verdad científica”, si es que la hay, es significativamente subjetiva, y también medible, verificable, comunicable, útil, inútil, exitosa, desgraciada, fatal, previsible, falsa, etc.

Numerosos estudios realizados por la Sociología de la Ciencia, denuncian el periplo siguiente: una transnacional requiere a nivel de mercado una verdad científica, compra el editor adecuado para la difusión y al laboratorio, que a partir de una hipótesis o conjetura, termina demostrando “objetivamente” la verdad científica que la transnacional necesita. Esta sospecha siempre fue calificada como delirio de persecución y panfleto político.

Quienes petrificaron las categorías, son simplemente hombres concretos, que olvidaron al sujeto, en esas entidades teóricas, etéreas, abstractas y generales: “*En el ámbito de la teoría pura y de los conceptos aislados no puede haber nada nuevo bajo el sol; pero las similitudes desaparecen en cuanto uno deja de lado las formulaciones teóricas y se concentra en la aplicación práctica*”.³ Pero nadie eliminó al individuo actuante: el de la vida cotidiana, que compone y destruye el mundo en una dialéctica sorprendente; no eliminó al hombre y a la mujer de la calle con su

imprevisible cotidianidad; ni a los de la fábrica, con su terrible velocidad productiva; ni al consumidor compulsivo de artefactos o de sueños; mucho menos al militante perdido en el planeta de una ideología cerrada; ni siquiera el sujeto mutilador ha muerto; peor aún, no ha dejado de morir en cada minuto, “ese individuo”, que la Unesco ha calculado que desaparece por hambre, enfermedad y desolación.

Este movimiento denunciativo de la “objetividad”, reivindica el papel de la subjetividad en el proceso de producción de conocimientos, pero también evidencia discursos generadores de múltiples actitudes ideológicas.

El pensamiento social naturalista que afirma que el proceso de separatividad de nuestra especie con la naturaleza, nos arrojó a un abismo de seres semi-diferenciados e impersonales, es simplemente una barbaridad. Darle a la primigenia separatividad, la idea de que el hombre no era aún individuo o sujeto, ya que no podía intervenir en su destino, no le borrará jamás a éste, su particular impotencia, rabia o dolor, en todos aquellos actos de significativa existencia personal o colectiva, cuando le tocó ser mártir, creerse objeto del destino, y no ese hombre común, que siempre ha *intervenido* en la construcción de su vida.

La concepción Judeocristiana, se construye desde la realización de su metáfora: comer la fruta prohibida. Así, sus creyentes deben darle gracias a Dios por ese don de la desobediencia, si no, no hubiese habido civilización cristiana. Y de allí en adelante, todas las desobediencias conocidas históricamente

La filosofía por otra parte, y pienso en Hegel, (tan de moda hoy en día en Occidente) lleva al ser humano a una parecida situación, pues emancipándose de lo divino, paradójicamente, lo hereda y lo transfiere a otra deidad: la *historia*, como la expresión dialéctica del Espíritu Absoluto (fatalismo para mí, éxito para Hegel) del cual, ya lo sabemos, *los desobedientes* terminaron retando sus designios. (Kant, Nietzsche, Sartre, Marcuse, etc.) Al respecto dice María Zambrano: “*El hombre individuo se había hecho exterior a sí mismo. Su mismidad fundada en la verdad que lo habitaba quedaba ahora transferida a esa semideidad: la historia*”.⁴

La ciencia, más radical aún, mata a Dios y lo sustituye por otra deidad poderosísima: «La Verdad Racional y Científica,» creando así, la simiente y el futuro patrimonio cognitivo de su propia deconstrucción. Dictamina entonces que esta deidad es: demostrable, verificable, medible, potencialmente instrumental, legal, objetiva, previsible, útil, neutral, etc. (¡una maravilla!) y desde allí, exilia la subjetividad del sujeto cognoscente y sus objetos subjetivizados, ya que sus inevitables diferencias, obstaculizan el super-objetivo fundamental: la Generalización, requisito indispensable para la elaboración y justificación no sólo de los conceptos, categorías y teorías, sino condición necesaria para la elaboración de contenidos homogéneos de todo tipo, para gestar la socialización y el control de los individuos diferenciados, en individuos impersonales, dejando un porcentaje pequeño de azar diferenciado, expresado en el postulado que reza: toda regla tiene su excepción. La ciencia no escapó con su atéistica deidad, del milenario oráculo que produce el poder: la dominación.

La concepciones señaladas, ofrecen el arquetipo generalizado del sacrificio, la resignación y la fe hacia el futuro (la celestialidad; el inevitable progreso social; el crecimiento del espíritu, etc.), para soportar el aquí y el ahora, por cierto —el *futuro perfilado* de la previsión científica es el espacio tiempo más invisible de certidumbre y totalitarismo: obliga a la vida a que se sigan sus designios sobre el fundamento de su legitimidad racional— y legitimaron una paradoja: sacrificio y desobediencia. Así los paradigmas, fundan su propio cisma desde esa paradoja instalada en el inconsciente individual y colectivo. Por ello no podemos criminalizar todo acto del conocimiento que desacralice una ética, una verdad, y menos aún, si es científica; no podemos obviar como lo hizo Einstein en el año 1949, el acto del pensar que rompe territorios teóricos convalidados y tranquilizantes, y optar definitivamente, por el miedo, la paralización, comodidad, o el creer que esta humanidad no tiene capacidad para imaginar lo desconocido sin la presencia del mal.

Nosotros somos hacedores del mundo social en todo el sentido de la palabra. Socializamos como cualquier semidiós mitológico, la naturaleza terrestre, acuática y hoy con permiso de la razón científica y nuestra

inmensa curiosidad, apostamos a socializar lo extraplanetario, y como personajes de una tragedia griega, no podremos después despojarnos totalmente de lo construido a menos que mutemos y olvidemos para siempre.

Pero la muerte del sujeto, la muerte de Dios, el fin de la historia, como discurso, también puede obedecer a políticas antisubjetivas: la instauración del modelo de sociedad microelectrónica se está realizando desde un discurso homicida que en nombre del bienestar del sujeto, aniquila la sustancial subjetividad y la sustituye por otra. Esta es la trampa del hipercapitalismo: disminución de las horas-trabajo; inamovilidad real y simbólica: el individuo trabajará mejor sin salir de su casa, tendrá una mayor aproximación con sus hijos; podrá viajar con toda su familia alrededor del mundo por las autopistas virtuales a un bajo costo mensual e itinerario pre-seleccionado, máximo de seguridad y confort. Este individuo puede además, desde su casa, realizar 30 transacciones diferentes en diferentes espacios del mundo, aún estando resfriado; etc.

La verdad es que sólo unos cuantos millones de hombres y mujeres serán elegidos y capacitados para hacer funcionar esta sociedad microelectrónica y sólo unos cuantos, podrán realizar el ejercicio ciudadano de ser, elegir, decidir y vivir. Los sujetos desprovistos en sus actuales condiciones de infrahumanidad, son una especie real en extinción: 38 millones de Leprosos; 45 millones orinan con sangre; 100 millones tienen 0 posibilidad de vivir; no hay cifras oficiales confiables de la masacre del Sida; el Cáncer; de los desmineralizados, descerebrados cognitivamente, desanimados, excluidos. Todos estos, por ahora, están incapacitados física y psíquicamente para acometer las exigencias del nuevo código de existencia que exige el nuevo paradigma societal que abarca todos los campos humanos, naturales, virtuales, individuales y colectivos, incluido, el de la extra planetariedad, ya que aspira no sólo la precisión artera de sus intereses y beneficios localizados en la ancha geografía terrestre, sino, el de la conquista y apropiación de aquellos territorios que, orbitando en el universo, son posibles de ser explotados. Orden fractalizado que controla lo más lejano y lo más cerca de nuestras vidas y resulta espeluznante y fantástico imaginar sus posibilidades.⁵

Este tipo de discurso antisubjetivo se está instalando en la conciencia como el único camino de existencia social. ¿Cuáles son las diferencias objetivas entre los sueños de la burguesía europea del siglo XIX; del exitoso industrial Gerald Ford y el desbordado altruismo del Estado Socialista? Todos emprendieron en sus escenarios de acción social, el mismo paradigma de desarrollo social: *el crecimiento de las fuerzas productivas* a como diera lugar, sin importar nada, mucho menos la vida misma de los sujetos. Hoy, sin negar algunos aciertos, este modelo está habitado por millones de personas “innecesarias”. Dahrendorf las llama: la clase de abajo y Fernando Mires, conmueve, cuando afirma, que si bajáramos los escalones de esta clase, nos encontraríamos con las profundidades del mismo infierno.

Entonces, ¿qué murió en los *despertantes*? Murió una falsa esperanza, una promesa histórica, una previsión científica. Aquellos que mataron a Dios (Nietzsche), a la historia (Foucault), y a la suprema verdad científica (las víctimas), lo han hecho para poder ser definitivamente: un hombre común, un ciudadano del mundo. El hombre es, con o sin Dios, el creador del símbolo y el destructor de sus significados por otros que también significan; él es la poesía y la pasión; la vida y su muerte. ¿Y a cuál hombre me refiero cuando hablo de su necesaria subjetividad y diferencia? No me refiero a aquél que produce desprovistos y luego desconociéndolos como tales, los extermina como objetos desechables, o simplemente los socializa, para que sean objetos de sus “objetividades”, plasmadas cínicamente en proyectos, planes y cruzadas. Yo responsablemente me refiero, al *otro*, como al *sujeto* que necesita de mí y yo de él, para inventar otra historia; un símbolo nuevo donde poner la ilusión necesaria, para que la vida tenga el sentido que ella quiere y merecemos. Cierto es que se requiere la poetización de la vida aunque necesitemos los cuchillos para comer.

Este manifiesto desastre mundial de la vida cotidiana, tiene también sus responsables en la cultura académica: aquella que fragmentada en intereses politiqueros o grupos de poder, pretenden ocultar o seducir con sus cifras porcentuadas, con su desborde tecnológico o con la múltiple invención de nuevas realidades, “su

Inteligencia”. Otras, minusválidas, colonizadas por el salario, el miedo y la vergüenza, resultan impotentes ante el saber impositivo institucional, para producir “nuevos” conocimientos. Facilitando ambas, con sus saberes y miedos, la socialización de sujetos fatalmente obedientes y comprometidos a un paradigmático proyecto, en nombre de la ciencia, la historia, el futuro, etc. creando una sintonía, considerada necesaria, para ser modernos y negando, la sustancial subjetividad para que los hombres y mujeres, puedan ser ciudadanos libres en el ejercicio de su responsable albedrío.

La muerte del discurso académico-político, ocurrida en mi país en los últimos 15 años aproximadamente, dejó libre el territorio de la acción teórica, política, económica, a todos aquellos que construyeron la democracia antidemocrática, creando un caos en nombre de la racionalidad del desarrollo y el bienestar, auxiliados por esos apagadores de incendios y de nuevas opciones de vida social: *sociología de la marginalidad, la teoría de la informalidad, CEPAL, CDAL, PREALC, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial* y los escasísimos *Amos de la tierra*.

Tolerar la visible y silenciosa masacre del mal, es un abuso; una decisión de parálisis cognitiva y política, y me resulta un acto de terrible irresponsabilidad, desconocer que la colonización es un paradigma inconcluso.

La ciudadanía es la posibilidad de los individuos de poder colocarse voluntariamente en un lugar y en el lugar del otro y desde allí, producir las coincidencias necesarias. Sólo así, es posible hablar de libertad política en el sentido más sustancial de la política, es decir, como el ejercicio de un libre albedrío, que reconozca las fronteras del otro, no en el sentido del tonto respeto o tolerancia a la arbitrariedad de su arbitrariedad; o su irracional voluntad, en nombre de una idea o asunto. Se trata de la imperiosa persuasión de que el otro, abandone el mal trato que produce en su entorno, si ese es el caso, al comprender que él mismo, es una víctima a mediano plazo, de su mal entendida diferencia. Un ciudadano es aquel sujeto comunicador dentro de un contexto plural de comunicadores. Así entiendo yo la democracia: espacio social, donde el bien común no debe sobrepasarme como

individuo y viceversa. Ahora bien, ¿cómo entender allí al sujeto comunicador que ejerce un dominio o control en nombre de su ciudadanía; de su libre albedrío; de su derecho a ser, sin que tenga la culpa de que los demás sean sólo sujetos escuchas, o lo que es lo mismo, sujetos pasivos, dóciles, desprovistos de una subjetividad militante? La única opción es persuadirlo de su particular manera de ejercer su ciudadanía y persuadirlo de su confusa idea de la democracia como opción de vida. En este sentido, la Opinión Pública, a diferencia de los criterios de verdad de la ciencia, se convierte en un vehículo de transmisión para la difusión de la redefinición de la democracia. Entendida como el ejercicio de la solidaridad, la corresponsabilidad ciudadana, y el pleno derecho político a decidir. Ahora bien, también debemos hablar de las fronteras de la libertad. Un buen camino es repensar el histórico término de la prohibición, que inevitablemente acompaña al código. Repensarlo, ya que la prohibición (la más perversa de las representaciones), convertida en teología de alta eficacia, por parte de los profesionales del poder y vinculada a intereses mezquinos, mediatiza en nombre de la sociedad, el partido y las mayorías, nuestras individualidades y nuestras libertades.

La democracia es el respeto a la bien entendida diferencia; a la disidencia; a la abstención; el apelar; el enfrentarse a; el derecho a señalar el equívoco y que su rectificación sea un hecho simplemente natural y necesario. No puedo permitir que me golpeen con una piedra si sólo tengo una palabra, una metáfora. La democracia es el espacio de la necesaria subjetividad y el ponerse de acuerdo. Conquistar la necesaria subjetividad para no ser un excluido, es tal vez el asunto político de mayor envergadura en la actual crisis mundial, donde somos considerados materias primas y consumidores y no sujetos hacedores. Esto implica trastocar la Episteme de la Modernidad con toda su infraestructura funcional, para reencontrar de nuevo al hombre común y ponderar lo que somos y lo que queremos ser.

Somos en la cotidianidad y soledad de nuestra individualidad, lo humano y lo divino, el soñante y lo soñado, y si convergemos responsablemente con nuestras individualidades, podríamos gestar el sentido inteligente y común de la convivencia. Estaríamos tal vez,

creando el espacio social complejo, diverso y plural que nos represente. Esto es a mí entender, lo fundamental.

Finalmente opto por Estudios Sociales de Acción Política: esos que se gestan por los cruces e interpelaciones de trans-saberes de todo tipo, creando nuevas redes de conocimientos, sin la hegemonía de las teorías post-colonialistas, y sin vergüenza, con respecto a la pertinencia del campo del saber. Se violaría así todas esas fronteras curriculares de propiedad colonial, gremial, intelectual y académica, ya que el objetivo no es ni Dios, ni la filosofía, ni las ciencias sino el Hombre y su acción social, en lo que aún le es posible hacer como sujeto productor, como sujeto hacedor, para salvarse de su amenazada desaparición junto a la de la Tierra misma donde habita.

Estamos a tiempo para denunciar que fuimos vilmente persuadidos de que la política en el campo de nuestros procesos de conocimientos, obstaculizaba la neutralidad y la veracidad de nuestros saberes; que fuimos agredidos y excluidos del ejercicio del pensar con cabeza propia. Y como creímos entonces estar equivocados, fuera de orden, trillados, desactualizados, etc., permitimos que la política se ejerciera desde la voluntad abusiva de un Estado partidizado o un Soberano necesario: fuertes ambos, para la imposición de medidas inhumanas, y frágiles, para el diagnóstico de lo social: justificadores de la moderación de los sueldos, que no es más, que una congelación de los mismos ya que crecen por debajo de la productividad; la legitimación de un estilo de gobernar, que como no es para todos, se gobierna en contra de otros; la asignación de presupuestos cuantiosos para el alfabetismo conveniente, el que genera sujetos de consumo, rehenes de mercancías; y mezquinos para el alfabetismo de la innovación, la invención, el descubrimiento, la creación; con una incapacidad para frenar el creciente desempleo e inseguridad laboral; una pírrica inversión en salud pública con su desigual distribución de cuerpos y mentes sanas; una propiedad pública ausente, por exceso de privatización; millones de ciudadanos sin morada; un museo itinerante de mendigos y locos; la ausencia de un crecimiento de la espiritualidad del hombre, a favor más bien de la banalidad; el oráculo trillado de la rentabilidad económica como razón fundamental del desarrollo; la elevación de impuestos para

los ciudadanos que no deciden y evasión de los mismos para una minoría a través de balances y facturas falsas; economías clandestinas, (narcotráfico) ejercidas o toleradas por el propio Estado; partidas secretas y desviación de las partidas asignadas; etc, etc.

El actual y disfrazado discurso político, se sustenta en cruzadas de culpa y miedo por parte de los amos de la tierra. Es insólito que el derecho a la vida que es un derecho ontológico, lo hallan convertido en un premio a ganar.

Apostemos, por una “inérita” inserción en el proceso de producción de conocimientos, y por una “inérita” construcción de la acción política, como una actividad de inherencia personal, para la fundación corresponsable de la libertad común. Es lo único que podemos hacer ... aunque perdamos.

“Hay que apostar a favor de estos retornos de coyuntura. Aunque perdamos. Se trata de una función vital, forma parte del patrimonio genético de la colectividad. Es además, la única función intelectual, que se burla de la contradicción, de la ironía, de lo contrario, del fallo, de la reversibilidad, la que siempre desobedecerá a la ley y a la evidencia. Y si los intelectuales ya no tienen nada que decir, es que esta función irónica se les ha escapado.”

Baudrillard⁶

Notas:

- ¹ Paolo Flores, *Modernidad y política*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela, 1995, p. 36.
- ² Esta información la relata el científico Miguel Martínez Miguelez, en una extensa entrevista que aparece publicada en el periódico: *El Universal*. Caracas, 3 de enero de 1996. Año LXXXVI-Nº31.064.4to Cuerpo.
- ³ Hannah Arendt, citado en: Claudia Hillb, *El resplandor de lo público (en torno a Hanna Arendt)*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela, 1994, p. 34.
- ⁴ María Zambrano, *El hombre y lo divino*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Segunda reimpresión, 1993, p. 17.
- ⁵ Cita de mi trabajo de investigación: *La Arbitraria Percepción de Lo Social*. Primera parte. 150 Pág. 1995-1996. P.38.
- ⁶ Jean Baudrillard. *La transparencia del mal*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1991.

Ana Rita Tiberi Giann

Socióloga, profesora de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. Actualmente desarrolla una línea de investigación sobre “la arbitraria percepción de lo social”.

Resumen

En el presente artículo, la autora reflexiona acerca de la idea de la subjetividad como un criterio válido de verdad científica, el cual ha estado siempre presente en el proceso cognoscitivo de modo preponderante, aunque soslayado disimulado más que oculto tras el velo de la llamada objetividad.

El objeto no es explicable en sí mismo, en ningún caso, sin lo agregado a él por el sujeto; sin su subjetivación. “Todo lleva la impronta de la subjetividad” dice la autora, a la vez que denuncia la “falsa objetividad” como obediente a la intencionalidad específica de grupos.

Palabras claves: Objetividad, subjetividad, epistemología, política

Abstract

In the present paper, the authoress thinks about the idea of the subjectiveness as a valid scientific truth criterion, which has been always present in the cognitive in a preponderant manner, although slanted, dissembled rather than hidden behind the veil of the so called objectivity.

The object is not explainable by itself, by no means, without the attached for the subject; without its subjectivation. “Al carry the cast of the subjectiveness” said the authoress, at the time that denounces the “false objectivity” as obedient to the specific intentions of groups

Key words: objectivity, subjectiveness, epistemology, politic.